



CUARTA VISION

Desde el nefando día de la prueba fatal habianse deslizado los demás como las oleadas del río; insensibles, puros y rápidos para todos los moradores del desierto, menos para los dos esposos.

El anciano jefe, cediendo con dolor á las altaneras instancias de Selma y con objeto de salvar al menos la vida de su esclavo, habia acabado por traspasar la posesion de Cedar á Zebdor, lamentando inútilmente la pérdida de tal tesoro; á Zebdor, el más poderoso de los descendientes de su raza, que anhelaba su muerte para sustituirle en el mando. A fin de hacer desaparecer el encanto que se habia apoderado del corazón de Daidha, el anciano la guardó vigilándola constantemente; separó á Cedar de la envidiosa tribu, alejóle por siempre de la vista de su esposa, y le relegó solo á los más áridos cerros, abrasados por el sol y separados del mundo por peñascos escarpados y por el cauce del río, encargándole de apacentar los rebaños más escuálidos; y por miedo de que el esclavo, olvidado en aquellos sitios, llegase á romper los tres yugos que le aherrojaban, y franqueando el límite de su duro destierro se aproximara á las orillas habitadas por su tirano, Zebdor y sus tres hijos arrancaron un añoso tronco

de palmera cuyas ramas se extendían como un quitasol, y del propio modo que se traba un corcel con una piedra, ataron aquel tronco á las piernas del esclavo, de suerte que cuando éste queria andar á costa de grandes esfuerzos, el árbol seguía trás él sin abandonarle, y si por ventura se hubiese atrevido á atravesar las ondas ó el precipicio, hubiera tenido que levantar en sus brazos aquel instrumento de tortura, y abrumado bajo su enorme peso, caminar de esta suerte jadeante y sudoroso.

Así pasó, largos dias, solo en el mundo. Pero la noche de amor habia sido fecunda: la esposa, que compartiera con él un momentó el florido lecho, y cuya vergüenza y duelo la mantenían encerrada en el antro como en un ataúd, cubierta con sus cabellos como con un triple velo, tan sólo salía al aire libre cuando brillaban las estrellas. No mostrando su interesante palidez sino de noche, cual lirio cuya flor se abre á los rayos de la luna, Daidha, esposa misteriosa del proscrito, habia aspirado en su aliento el alma de un ángel, y experimentando el lánguido malestar de la madre, habia sentido con asombro en su interior los latidos de dos corazones, y comprendido, enajenada de alegría y afligida á la par, que en su abultado seno germinaba otra vida. Al llegar el noveno plenilunio de estío, habiase efectuado su alumbramiento sobre el musgo, sola, sin testigos, y así como en aquellos tiempos de prodigios, un mismo tallo producía dos frutos á la vez, así tambien dos gemelos sonrientes, prendas de un mismo amor, salieron á luz al mismo grito de júbilo, chupando en los pechos de su madre la doble gota de la vida que ésta ofrecía á sus labios gemelos.

Eran varon y hembra; y cuando los primeros besos aplicados amorosamente á sus tiernos labios dejaron satisfecho el corazón de su madre, cuando los ojos de ésta hubieron mezclado sus lágrimas con su leche, cuando les puso los nombres de Sadir y Hella, que significaban alegría y dolor; á fin de

salvar su vida impidiendo que los precipitaran á la sima donde se solía arrojar los frutos del adulterio, atravesó el río dos veces á nado, llevando cada vez uno de ellos sobre su cuello, así como la leona que abreva á sus cachorros los trasladada de una á otra márgen del río, y estrechándolos luégo entre sus brazos, mojados y llorosos, comunicándoles el calor de su seno, andando presurosa, y guiándose, para encontrar á Cedar en aquellos oscuros montes, de los mugidos del ganado que resonaban en las tinieblas, llegó á depositar á los piés de su esposo aquel fruto caído del corazón y regado con sus lágrimas.

—Toma, le dijo; ocúltalos; el tiempo apremia; la muerte vendría á arrebatarnos de mis brazos maternos; mi sangre blanca manaba ya para sus labios, pero es forzoso ¡ay! que riegue tambien la roca con mi leche, y que la gacela más mansa de tu rebaño, dejando á su hijuelo, les ofrezca sus mamas. ¡Oh, Cedar! mécelos de noche en tus rodillas, abrígalos sobre tu corazón, pues de nosotros han nacido; mírate en ellos porque son tu imágen; bésame en sus frentes, porque son mi fiel trasunto; ocúltalos á la vista de sus perseguidores! Huyo porque la luz del día me está espionando y si llega á alumbrarme, soy muerta! Pero que beban ántes otra gota de mi vida! ¡Oh! ¿Por qué no habrían de poder absorberla toda de una vez? ¡Cedar, dios de mi corazón, son tan hermosos como tú! ¡Para que me amen tambien, no dejes nunca de hablarles de mí! Las brisas nocturnas que soplan desde la llanura os traerán en sus alas el amor de que rebosa mi tristeza.

Y dejándolos en el suelo, volviendo á besarlos una, dos y más veces, y emprendió al fin su carrera por los bosques, tapándose los oídos con las manos por miedo de oír un vagido de aquellas voces amadas, y de no poder separarse de ellos si tornaba á verlos. Antes que los rayos del sol coloraran el valle, entró con paso furtivo en el recinto de sus alar-

mas, y la gruta bebió tres días su leche y sus copiosas lágrimas.

Cedar, mudo, atónito y con el corazón oprimido, contemplaba á aquellas criaturitas tendidas sobre la hojarasca, y buscando en sus ojos la imagen de su madre, lloraba y sonreía lleno de amargo placer, sin atreverse apenas á tocarlas con sus varoniles manos, como un león sorprendido por el corderillo que acude á lamerle. Aquellos quejidos, aquellos brucitos que se levantaban buscando el pecho materno, le oprimían el corazón; por lo cual apresuróse á ir en busca de una gacela que aquella misma noche había parido, y tomando á los gemelos en sus brazos, les aplicó los labios al pezón del animal henchido de rebosante leche, como el pastor que sujeta por los cuernos á su cabra mientras los recién nacidos cabritillos chupan los pezones inclinados hácia su boca. Cuando entrambos gemelos hubieron engañado los maternales instintos de la gacela, Cedar los acostó juntos sobre blandos helechos, y arrullando su sueño breve y suave, cuidaba de llamar á su nodriza cada vez que despertaban.

La gacela, separada de sus cachorros merced á los cuidados del joven, acudía ya presurosa al oír la voz sedienta de las criaturas, y mientras brotaban de sus mamas blancos chorros de leche, enjugábales con la lengua las mejillas teñidas del dulce líquido. Así, gracias al instinto de la apacible naturaleza, los frutos caídos del nido no carecían de sustento, y el esclavo, nodriza y madre alternativamente, les deparaba otro nido cobijado por su amor.

Era á la sazón la época en que, agostada la yerba, hacían las familias el recuento anual de los ganados, y Zebdor dijo á sus hijos:

—Ya ha llegado el día. Subamos á los montes para ver si nuestros camellos, ovejas y carneros, esos desechos de nuestros rebaños que apacienta el esclavo, se han multiplicado lejos de la custodia del amo, y para pedir estrecha cuenta

al esclavo del cordero muerto de sed ó del macho escapado.

Y los hijos le siguieron, enfurecidos de antemano. Al llegar á aquellas cumbres, vieron con sorpresa que los escuálidos animales confiados á Cedar estaban pastando en torno suyo más lucidos y en mucho mayor número. Sentóse Zebdor á la sombra á orillas de un manantial, admirando sus camellos, que contaba por centenares, é hizo seña á Cedar, designándole el pozo, de que los hiciera bajar y beber en su presencia para poder verlos y contarlos más de cerca. Cedar, tembloroso, comprendió la seña de su amo y acercó á sus labios un cuerno que se le había roto á un búfalo luchando; introdujo en él el viento de sus vigorosos pulmones arrancando un sonido que repercutió en montes y llanuras; los sedientos ganados comprendieron aquel sonido, y saliendo por todas partes de las profundidades de los bosques, acudieron unos tras otros á reunirse en derredor de la fuente. Zebdor se puso entonces á contar las numerosas cabezas de aquella prolongada fila, y mientras el cordero arrancaba tallos de yerba ó el onagro bebía, los iba designando por sus nombres y señalándolos con el dedo á sus hijos; recreábase su vista en los cabritos que triscaban, calculaba ya el desarrollo de los pequeñuelos que crecían, y satisfecho del estado de sus ganados, miró á Cedar con ojos más humanos. Ya iba aclarándose la muchedumbre de sus reses, hasta pasar el último de todos el elefante, que con su trompa se entretiene en desarraigar árboles, levantando como pilares de mármol sus anchas patas que á cada paso abren un hoyo en el suelo; siguió el alce, cuyas ligeras pezuñas saltan admirablemente de roca en roca; y la corza vagabunda, ó la errante gacela, que siempre oyen desde las más empinadas cumbres los ecos del cuerno que los llama, acudieron también desde lejos á beber, á la vista de Zebdor, la enturbiada agua de la fuente casi agotada por los demás animales.

Quando acabaron de desfilar todos ellos, llenóse de terror

el desventurado Cedar. Al oír pasos desde la cumbre de la montaña, y al ver desde su elevada situación á sus tiranos que iban subiendo, receloso, aunque demasiado tarde, de su visita imprevista, apenas habia tenido tiempo de ocultar á los gemelos cerca de él bajo las anchas ramas arrancadas de un baobab, y estuvo continuamente temiendo que alguien tropezara con su cuna de follaje ó que la sed hiciese prorumpir en gritos á las criaturas. Pero estas dormian tranquilas en su verde lecho, sin mover siquiera con su tenue respiracion las hojas que los ocultaban; y Zebdor se levantaba ya para bajar al llano, cuando crujió el ramaje á sus espaldas; volvió los ojos y vió venir una ligera manada de gacelas que descendiendo de las cumbres llegaba á beber. Aquel grupo gracioso empezó á lamer el líquido que manaba de la fuente, pero una de ellas se separó de sus compañeras olfateando, é inquieta y recelosa, parecia buscar á sus hijuelos deseando lamerlos. En vano fué que la llamara Cedar, pálido y tembloroso; la rápida gacela, sorda á las voces del pastor, y registrando las altas yerbas con su largo hocico, acabó por descubrir á los niños en su cuna de follaje; despertáronse estos prorumpiendo en lastimeros vagidos, y llenando de asombro á los pastores que contemplaban confusos aquella maravilla, mientras Cedar, en el colmo de la turbacion, cayó al suelo como herido de un rayo.

Los pastores pasaron largo tiempo inclinados sobre los gemelos, levantando las manos y hablando con misterio; dudando si aquellas criaturas eran seres humanos, las revolvia sobre la yerba con sus rudas manos, dominados alternativamente por el temor y por el respeto, cual si tuvieran á la vista los palpitantes trozos de alguna serpiente. Pero Zebdor, cuyo corazon era tan empedernido como dura su mirada, cogió en sus brazos la dormida pareja, y levantando á la vez el nido con la rama, se los llevó tendidos en las hojas y seguido de todos los pastores, sin cuidarse de Cedar á quien dejaron

en el fondo de los bosques desmayado, sin vista y sin aliento.

No parecia sino que el viento les hubiera prestado sus alas para difundir ante ellos la sorprendente nueva, pues apenas llegaron á la orilla del Orontes, cuando toda la tribu salió de sus viviendas, precipitándose á su encuentro, siguiéndolos y formando compactos grupos en su derredor; hasta los niños se empinaban para verlos mejor, y las oleadas de aquel palpitante círculo acabaron por molestarlos tanto como sus interminables preguntas. Las madres levantaban á porfia, con mano curiosa, las hojas de acanto y de carrasca, hasta que los recién llegados tuvieron que depositar á sus piés, en la arena de la playa y al borde cenagoso del agua, la delicada carga. Entónces la multitud, y en especial las mujeres y los niños, se arrodilló para contemplar á los gemelos, hasta dentro del agua, sin parar mientes en que se estaban mojando, y la sorpresa que les causó al pronto aquella pareja inocente que palpitaba á sus plantas, convirtióse muy pronto en compasion. Las madres tendian los brazos hácia aquellas manecitas que se tendian á su vez hácia ellas; dos mujeres cogieron á las criaturas para darles el pecho, mientras otras, ganosas de hacer lo propio, los disputaban á los senos que los gemelos se mostraban muy dispuestos á agotar.

Pero Zebdor, arrancándolos de brazos de aquellas madres, y apostrofándolas con amargas invectivas, les dijo:

—¡Criaturas de leche y lágrimas, á quienes un niño llevaria á donde quisiera! Necias, que jamás teneis otra cosa en el cerebro sino llanto para llorar con todo lo que llora! Dejad que vuestros dueños solos decidan de su suerte, y si deben morir, no amamanteis la muerte! ¿Sabeis acaso qué madre ó mónstruo tal vez los ha concebido en las tinieblas y les ha dado el sér? ¡Oh ciegas! ¿Sabeis si estais dando la leche sagrada destinada al hombre, á unos escorpiones? ¿Sabeis si esas serpientes ocultas bajo formas humanas emponzoñarán

nuestro seno con sus odios, y si prestais calor con un beso á la cabeza del gigante que habrá de aplastaros algun dia?

Despidiéndolas en seguida con ademan imperioso y dirigiéndose á los hombres, añadió:

—¡Oh dioses, habladnos en la duda en que estamos! Esas criaturas, escoria vil de los brutos del desierto, ¿han aparecido para nuestra pérdida ó para nuestra salvacion? ¿Dónde las he encontrado? Á los piés del esclavo, de un enemigo cautivo que nos odia, que nos desafía. ¿De quién los ha recibido, de los demonios ó de los dioses? ¿Por qué los ocultaba bajo la yerba á las miradas de todos? ¿Por qué alimentaba su venenosa ralea, para nuestra pérdida ó para su venganza? ¿No serán algun gérmen concebido por gigantes, que debería crecer á sus ojos sin saberlo nosotros, para que en un dia dado degollaran la tribu entera? ¡Oh, no; que mueran antes destrozados á pedradas; que el Orontes les prodigue su agua en vez de leche! ¡Ahoguemos á nuestros enemigos hasta en su cuna!

—¡Sí, que mueran! gritó la muchedumbre impulsada por unánime instinto.

—¡Aléjese de nosotros con sus cuerpos todo mal! Caiga sobre nuestras cabezas la compasion de las mujeres!

Y Zebdor, animado por estos gritos, empujó la cuna de follaje con el pié, y echó los niños al rio del propio modo que se arroja á la corriente el nido de un animal inmundo; el acanto se llenó al punto de agua y la dormida pareja se hundió juntamente con su lecho. Un grito, un solo grito, exhalado por mil voces conmovidas, salió de los labios de la muchedumbre, remontándose á las nubes. Extendíanse ya mil brazos señalando con el dedo el sitio fatal en que habia desaparecido la cuna, cuando, más rápida que la mirada que sigue á un pensamiento, una mujer lanzóse desde la cima de una peña á la profunda corriente en la que se sumergió dos veces, saliendo cada una de ellas con una criatura en la mano.

—¡Daidha!!! exclamó la muchedumbre... Y en efecto era Daidha que, abrumada por el horrible peso de una angustia mortal, al confuso rumor del quejido de una criatura, oido por su corazon, habia salido á la luz del dia á pesar de estarle vedado, y oculta trás un árbol cerca de Zebdor, pudo oir todas sus palabras que le arrancaban el alma, le vió arrojar sus hijos al rio, y al punto se lanzó al abismo para salvarlos.

Salió repentinamente, escoltada por el pueblo, á la orilla á donde la habia llevado la corriente, y puesta allí de rodillas, cubrió de besos á sus hijos, disputándolos con arrogante mirada á la muerte, calentándolos con su aliento como una oveja caliente al corderillo con su lana, y sonriéndoles para hacerlos sonreír miéntras los enjugaba con sus largos cabellos. Mas al ver de pronto la muchedumbre agolpada en torno suyo, pareció volver de la nada al mundo de los vivos, lanzando tan terrible grito que enterneció todos los corazones maternos; levantó luego los gemelos sobre su cabeza como se eleva una enseña para detener al populacho, ó como se muestra al cielo una herida que mana aun humeante sangre, y abriéndose paso al través de la multitud, corrió al encuentro de Zebdor, semejante á la cierva ojeada que vuelve á donde está en acecho el cazador que acaba de herirla, é irguiéndose ante él:

—¡Pueblo, exclamó, y tú, cobarde degollador de corderos, estas criaturas son mias! ¡Herid mi seno culpable, pero respetad su vida! ¿Acaso se hace expiar el crimen á un inocente? Pueblo, sangre tuya es la que circula por sus venas; remóntate hasta su manantial... ¡De mi corazon la han tomado! Véngate; he sabido burlar tu envidioso rencor; ¡son hijos de Cedar... y yo... yo soy su esposa!

Un grito formado de otros ciento convirtió entónces la piedad en execracion. Zebdor lleno de horror, retrocedió á la par de la muchedumbre como cuando una peña se derrumba

y rueda á nuestros piés. Daidha, que los ve hacerse atrás paso á paso, se esfuerza por reunirse con ellos y detenerlos, y estrechando á los gemelos con un brazo contra su seno como si tratara de introducirlos y ocultarlos en él, desgarrando sus rodillas contra las piedras, llevando los cabellos, que chorreaban agua y polvo, pegados á su cuerpo como un velo recién lavado, y apoyando una mano en el suelo por el cual se arrastra, procura besar con sus labios de mármol los piés de aquella gente que la rechaza indignada. Al ver que se dispersa por do quiera huyendo de su contacto, la infeliz Daidha inclina la suplicante cabeza, prorrumpe en lamentables sollozos, une entrambas manos, llama por sus nombres á sus desapiadados hermanos, y va de rodillas de su madre á sus hermanas y de estas á aquella.

—¿No habrá, oh mujeres, entre vosotras ninguna que los recoja? Vuestros senos henchidos dejarán morir esas bocas que las hienas no hubieran tenido inconveniente en alimentar? ¡oh, venid y heridme!... pero que yo los vea en vuestros senos, oh madres! ¡Un poco de leche para ellos, y moriré contenta!.....

Pero las madres huían y apartaban la vista de aquellos hijos del esclavo odioso á su raza. Casadas, doncellas, niñas y Selma la primera, le arrojaban al rostro su oprobio juntamente con puñados de polvo. Cuantas palabras salían de sus bocas al pasar junto á ella eran como otras tantas piedras que la aplastaban, lapidándola de antemano con las amenazas del horroroso suplicio que á ella y á sus hijos malditos les aguardaban y que su furibunda rabia les hacia sentir de antemano.

Por último, la muchedumbre formó un círculo á pocos pasos, y el consejo juzgó á la hija de Selma, condenándola á morir así como al indigno esposo que la habia profanado y á los culpables frutos de su infame amor, cuya existencia impía seria una ofensa constante para la pura luz del Sol. Pero, en obsequio del anciano rey, su padre, cambiaron la clase de

suplicio, aunque no depusieron su saña, y por temor de que su sangre mancillase alguna mano, destináronla á morir en la torre del Hambre.

Era esta una prision, una tumba en vida, que se construía con piedras y barro, elevándola como una ancha torre, sin techo, sin ventanas y sin puerta alguna, de suerte que el culpable encerrado en aquel profundo recinto, quedaba separado por sus altas paredes del mundo, y los dioses celestes, únicos testigos de su suerte, no podían acusar á nadie en particular de su muerte. Cedar fué condenado á perecer en el Orontes de la muerte más vil y sobre todo más rápida, y los tiernos gemelos, salvados de las ondas por su madre, destinados á servir de pasto á las fieras.

.....

No bien se hubo pronunciado la fatal sentencia, cuando el pueblo se aprestó á dar muerte á Cedar. Halláronle tendido en el suelo, sin aliento, como herido de un rayo; la muchedumbre, al verle sin color y sin vida, creyó que los dioses vengadores habian exterminado al impío, y se entretuvo en prodigar toda clase de insultos á aquel cuerpo inerte: arrastrándole luego hasta la márgen del espumoso Orontes, junto á un vórtice en que el rio arremolinaba sus encrespadas hondas, le precipitaron en aquel abismo sin desatar siquiera el tronco de árbol que arrastraba consigo; y aquel manto de espuma cubrió su húmeda tumba, siguiéndole mil imprecaciones en su caída.

El pueblo se alejó de allí, animado por aquel crimen, semejante al tigre que despues de devorar una victima experimenta más sed de sangre, y arrancó del seno de la moribunda madre los frutos de su amor que seguía estrechando entre sus brazos; excitándose todos al trabajo con clamorosos gritos, trazaron la horrible torre y se pusieron al punto á construirla; cada cual acude en busca de guijarros al lecho del rio, cada cual lleva su piedra al fúnebre edificio y cada

cual se esfuerza por que el inhumano jefe reconozca su solícito trabajo en aquella obra de expiación.

Ya van amontonándose las piedras, hilada por hilada, en torno de Daidha, sentada en su sepulcro; su alma, medio muerta, oía resonar los pedruscos de la tumba que debía devorarla; así como la víctima presenta su cuello á la vengadora cuchilla, sus ojos, fijos en el suelo, no imploran ya á nadie; su abatida frente pende con todo su peso sobre su seno: su rostro helado ocúltase entre sus manos, y la ondulacion de los cabellos sobre el musgo marca cada sacudida de su palpitante corazon. Parecia aceptar resignada su féretro; mas cuando, al retirar las manos de su rostro, vió de una ojeada que el murado recinto levantado para su tortura llegaba ya al pecho de sus hermanos, dió un salto acompañado de un grito de angustia, como el hombre dormido á quien muerde una víbora, y tendiendo sus brazos suplicantes á las mujeres de las tribus, sentadas junto á las piedras, les dijo:

—¡Oh! ¡Deteneos, deteneos un instante ántes de cerrar este fatal monumento! ¡Oh madre, hermanas y hermanos de mi raza! Otorgad una gracia á mis postreros suspiros; dejad un angosto resquicio en esta torre, no para que penetre por él un poco de claridad que alumbre mis tinieblas, pues me avergüenza el sol y aborrezco la luz, sino para que, en el caso de no ser la primera en morir, pueda yo ver de nuevo y acercar á mis pechos las bocas de esas dós criaturas que necesitan amamantarse, á fin de que mi leche retarde la hora de su muerte, y de que vivan á lo ménos hasta que yo muera. ¡Oh! ¡No les priveis de este sustento mientras yo respire! ¡Dejad, ya que rebosa mi seno, que apuren hasta el fondo el dulce licor que contiene! ¡Que no mueran de sed hasta haber absorbido la última gota!.....

Callóse; sus manos palpitaban; al oír aquella ferviente súplica, enterneciósese el corazon de las madres de Phayr; se conmovió el fruto que llevaban en sus entrañas, é hicieron que

se dejara una abertura en los muros de la torre. Prometieron también á Daidha que le llevarian sus hijos, y la torre subió de piedra en piedra menguando la luz del día. Al alejarse la muchedumbre de la prision mortal, desatóse en maldiciones sobre ella, y al poco rato Daidha no oyó más ruido que el de la corriente del río y el del viento de la noche.

Como la cierva salvaje que pasa día y noche dando vueltas por su jaula, olfateando los barrotes que estorban sus pasos para reconocer si el roce de sus costados los ha adelgazado, así también Daidha estuvo largo tiempo dando vueltas instintivamente al rededor de aquel estrecho recinto, palpando sus paredes para ver si descubria en ellas algun intersticio, lastimándose el seno contra las puntas de las piedras y procurando encaramarse por ellas con sus dedos ensangrentados; pero las paredes no ofrecian asidero alguno á sus manos, ni daban paso al aire ni á la luz, y como si la doncella estuviera sepultada en lo profundo de un pozo, cada esfuerzo que hacia para subir la arrojaba de nuevo al fondo. Cansada al fin de aquellas inútiles tentativas que la estenuaban, cobró la calma de la desesperacion, sentóse en el suelo, y reclinándose contra la pared exclamó:

—¡Morir así! ¡Y por una noche de amor! ¡Oh sí, morir cien veces! ¡Cedar, alma de mi alma! ¡Morir cien veces así, puesto que muero esposa suya! ¡Erijanse y derrúmbense sobre mí mil torres de hambre, ántes que Daidha se avergüence de ser tuya! ¡Antes que mi dolor se arrepienta, vida mía, de este crimen de amor que su odio me envidia! ¡Execren enhorabuena tu nombre; yo lo adoraré en mi sepulcro! ¡Mi suplicio es mi fé, y mi vergüenza mi orgullo! ¡Abrase mi tumba hasta lo profundo del infierno: Cedar, morir por tí es más, mucho más que vivir dichosa! ¡Oh muerte! ¿Por qué tardas tanto? ¡Ven, ven á reunirnos! Te oigo venir, como si oyera los pasos de mi amante!

Y fijando en seguida toda su atencion, observaba si la sed

de sus labios llegaría en breve á ser mortal para ella ó si en los latidos de su corazón se advertía ya el postrer desfallecimiento del hambre; pero en aquellas épocas en que la naturaleza era tan lozana y vigorosa, la savia de la edad subsistía sin necesidad de alimento, y la pobre víctima se observaba en vano, pues aun no experimentaba hambre ni sed, y sostenida únicamente por su amor y su zozobra, devoraba su corazón y bebía sus lágrimas.

Las estrellas del cielo, que pasaban unas tras otras por la porción de cielo que se veía desde el interior de la torre, la vieron desde las celestes alturas al atravesar el espacio en la misma actitud y en el mismo sitio, apoyada contra las piedras, y con las manos juntas descansando en sus rodillas plegadas. Cuando asomó por Oriente el primer albor matutino, la alondra acudió á anunciarle con su canto la llegada de la aurora: una oscura golondrina de azulado plumaje, rasando la elevada torre, presentóse en el borde del muro, rozó con sus alas las piedras, y por fin se posó en una de estas muy cerca de la jóven, la cual levantó las manos exclamando:

—Compasiva avecilla que descienes para verme en mi tétrica tumba, ¿has visto á mis dos hijuelos sin madre, tendidos por el suelo, cual si fuesen huevecillos rotos caidos de un nido? ¿Reían? ¿Lloraban? ¿Me tendían los brazos? ¿Volverás á verlos cuando remontes de nuevo tu vuelo? Dime, ¿no has visto desde las orillas del río donde apagas tu sed, el hermoso cuerpo de Cedar arrastrado por las ondas? ¡Oh! ¡Dile que pronto, muy pronto me reuniré con él! ¿Acaso no es más rápido el amor que las olas? ¿Qué llevas en el pico, avecilla que bebes en las corrientes? ¿Es una brizna de musgo ó un cabello de las algas? Dime, ¿no será alguno de los cabellos de oro que habrás arrancado de su frente flotante para que sirva de lecho á tus polluelos? ¡Oh! Suelta esa hebra de oro que te envidio. ¡Un cabello de su cabeza! ¡Un rayo de su vida! ¡Una

reliquia de su muerte! ¡Dámelo, ave, dámelo! ¡Ese cabello para mí, los bosques para tí!.....

Pero espantada la golondrina por su voz y su ademán, remontóse á los aires de un solo aletazo, de suerte que los desesperados gritos de Daidha ahuyentaron á la única criatura de Dios que acudiera á consolarla, quedando así privada del atractivo del comercio con el mundo exterior y reducida á derramar silencioso llanto.

.....

Su alma estuvo algun tiempo adormecida, hasta que la despertó un grito que resonó como un golpe en su corazón; era ese grito de sed, imperceptible al oído, pero que despierta á una madre por profundo que sea su sueño; era el suave vagido de sus dos hijos que acudían á pedir el sustento á su muerte. Dos hijas de Zebdor los llevaban en brazos, presentándolos por la hendidura de la torre á su blanco seno, y mientras Daidha les daba á beber su leche lavándolos con sus lágrimas, les decía:

—¡Bebed, blancos corderillos! ¡bebe, paloma mia! ¡Bebed el agua de mi corazón que brota de la tumba: apretad, apretad con los dientes y con las manecitas este manantial de amor que el hambre secará! ¡Ojalá pudiera agotar de una vez vuestra boca saciada toda mi sangre con toda mi vida! ¡Ojalá pudierais caer de mis pechos secos como dos criaturas muertas, embriagadas por el jugo de la vida! ¡Ay, cuánta sed tendréis cuando yo haya perecido! ¡Oh, no sonriais, ó rogaré que se os lleven! ¡Puedo veros morir, sí; pero no me es posible contemplar como sonrie la muerte en vuestros ojos sin esperanza!.....

Y así diciendo, estrechaba con convulsa mano aquellas dos candorosas cabezas contra su seno, imprimía prolongados besos, entrecortados por el llanto, en sus labios de coral, en sus ojos, en sus rosadas mejillas; enlazaba á su cuello sus brazos para levantarlos, mordía la blonda y suave seda

de sus cabellos, mirábase en sus ojos como en un espejo, cerraba los suyos de horror, los abría de nuevo para volverlos á ver, y mientras tanto, las tiernas criaturas, al verse atraídas á aquellos castos pechos y apartadas al poco rato de ellos, tomando á juego aquellos forzados arrebatos y aquellas lágrimas, reían jugueteando entre sus largos cabellos. Cuando el lactífero manantial hubo cesado de manar, las hijas de Zebdor, cerrando los oídos á la suplicante voz de Daidha, se llevaron los niños dormidos á donde estaba la tribu, como se enturbia el agua cuando los corderos han bebido!

Daidha, siguiendo con la mirada á aquellas mujeres que parecían llevarse una parte de su alma, les habló con el ademán mientras pudo verlas. Los niños mamaron tres veces aquel día, mas por la noche, cuando las mujeres del jefe se acercaron á la rendija, no vieron á Daidha junto á ella. Llamáronla para anunciarle su presencia, y les contestó la jóven con moribunda voz; sus piernas, cediendo al desfallecimiento causado por una angustia mortal, no podían ya sostenerla. Al oír los quejidos de sus hijos hizo un esfuerzo, mas el impulso de su corazón no fué bastante á levantar su cuerpo moribundo y cayó postrada al pié de la negra pared.

—¡Oh! dijo levantando la voz cuanto pudo; por los frutos vivos ó muertos de vuestras entrañas, por el agua que bebeis, por las lágrimas que yo bebo, pasad esos corderillos por la angosta abertura, y permitid que les dé un día aun su alimento. La leche de mis pechos sube y brota al oír sus gritos, y quizás mane todavía despues de mi muerte; no les negueis el efímero placer de agotar hasta el fondo las fuentes de su madre: y en vez de los leones, serán los buitres los que acudan á devorar sus miembros en mi torre!...

Y las mujeres, pensando en el día en que se da á luz un hijo, pasaron los gemelos por la abertura: Daidha levantó las manos para recibirlos y la noche extendió su negro crespon sobre aquel cuadro desconsolador.



QUINTA VISION

Mas, en tanto que el espesor de los muros apagaba aquellos fúnebres lamentos, resonaba en las tinieblas el rumor de inseguros pasos. ¿Quién, fijando la callada planta en la roca, osa acercarse así á la torre de la muerte? ¿Por qué se detiene de vez en cuando como para espiar, como para escuchar el silencio? ¿Por qué se encamina en todas direcciones? ¿Qué nombres murmura en voz baja? ¿Qué sordo rugido resuena con su aliento, como el del hierro hecho ascua al sumergirlo en el agua? ¡Astros del firmamento! ¿Podreis dar crédito á lo que veis? ¡Es Cedar, sí, Cedar que aparece de nuevo bajo la celeste bóveda! Cedar, libre del yugo que comprimía su fuerza, blandiendo con una mano un roble, y palpando la oscuridad con la otra, como dispuesto á descargar sus golpes en la roca habitada. De esta suerte avanzaba á grandes pasos en demanda de la torre mortal, silencioso, mordiéndose los labios lleno de vengativa saña, y como si un guía seguro le condujera hácia aquel sitio.

Pero ¿cómo habia logrado revivir, resucitar? Cuando su cuerpo, juguete de sus verdugos, cayó despeñado de la roca arrastrando en su caída el enorme tronco de palmera como si fuese una piedra atada á su cuello, el árbol cayó el prime-